

# LIBROS

## González Ruiz: el diálogo en dos niveles

*Sobrino del obispo de Málaga durante la República, hermano de canónigo y canónigo él mismo en aquella Diócesis, aunque ahora en situación de dispensa legal de residencia, este sevillano de mil novecientos dieciséis, José María González Ruiz, ha tenido que capear muchos temporales antes de llegar al "status" actual en que no sólo se le respeta, sino que se le sigue "se le admira por la originalidad y la profundidad de sus trabajos. González Ruiz es el campeón del diálogo en el mundo católico, el más consecuente mantenedor de la apertura y el entendimiento. Desde sus primeros libros —"Comentarios a las epístolas de la cautividad de San Pablo" y "Comentario a la epístola a los galatas"— hasta los más recientes —"Marxismo y cristianismo frente al hombre nuevo", "Pobreza evangélica y promoción humana" y "Crear es comprometerse"— ha desarrollado un doble trabajo, en el plano de la discusión y en el del análisis y la investigación teológica, que culmina en la obra que acaba de aparecer, y que justifica sobradamente su presencia en esta página, obra titulada "Dios es gratuito, pero no superfluo". En su labor aparecen unidas praxis y teoría, como lo prueba este libro, resultado de uno de sus múltiples viajes, jalados de conferencias e intervenciones públicas.*

González Ruiz se encuentra ahora en Madrid. Piensa que puede vivir de su trabajo por su condición de célibe, porque no tiene una familia que mantener. Además, por razones muy concretas, es fervoroso partidario del celibato del clero.

**GONZÁLEZ RUIZ.**—El celibato tiene valores porque res-

ponde a una virtud profética. Muchas de las aventuras de un profeta no podrían realizarse si estuviera vinculado a una familia. Creo, sin embargo, que el celibato no puede ser exigido perentoriamente para el ejercicio del ministerio sacerdotal. El problema no es católico, sino latino. Cuando el Papa actúa en este aspecto lo hace no como Papa, sino como Patriarca de Occidente. Partiendo de una consideración sociológica, yo vería muy peligroso que en el momento actual se estimulara el matrimonio en el clero. La punta revolucionaria del ministerio sacerdotal la constituye la superación de la casta, o sea, del clero como un sector social determinado. Ahora bien, si se estimulara, la casta clerical tendría enormes oportunidades de sobrevivir. Yo veo «providencial» que los dirigentes de la Iglesia católica adopten una actitud rígida.

—*Tu papel ha sido muy importante en el Concilio Vaticano.*

**G. R.**—Bueno, mi intervención en el Concilio revistió un carácter muy curioso. Mi especialidad es la teología bíblica, y ya sabes que los teólogos bíblicos forman el ala más progresista de la Iglesia. Estudié con el cardenal Bea; me dio clases de cuatro asignaturas. Y el cardenal Bea ha sido, durante un tiempo, algo así como un símbolo del progresismo. Todos los teólogos bíblicos hemos soportado, durante largos años, la sospecha de incurrir en desviacionismo. De ahí, seguramente, que hubiera en el Concilio muy pocos peritos bíblicos, como se advirtió en seguida, durante el primer mes. Pero el veintinueve de noviembre de mil novecientos sesenta y dos ocurrió algo decisivo: estalló la democracia en la sala conciliar. Creo que fue, si no recuerdo mal, el cardenal Lienart quien desencadenó este proceso. Se produjo una poderosa exigencia de libertad, expresada incluso con cierta agresividad. Y la gente empezó a hablar. Entonces se notó en los peritos designados la deficiencia originada por una enorme imprevención. Por eso hubo que abrir el paso a la iniciativa privada.

—*Fue tu oportunidad.*

**G. R.**—Lo fue. Yo era, como

## Un eslabón perdido

# La recuperación de Erasmo

Hace quinientos años, un cura de Rotterdam se dio el susto de su vida: un niño nacía de sus pecaminosas obras. Se dice que los hijos de cura son invisibles, aludiendo a la prudente necesidad de esconderlos y envolverlos de discreción. El niño Didier Erasmo, luego Erasmo de Rotterdam, fue uno de los personajes más visibles de su tiempo. El silencio vino después, cuando este enemigo del fanatismo quedó marginado por las hogueras de la Reforma y la Contrarreforma. No era una buena época para un pacifista, un tolerante, un humanista. Un, digamos, progresista. De la excelente rama reformista. Fue, dijo él, «el peor siglo después de Jesucristo»: carecía de dotes proféticas. El caso fue que sus discípulos y amigos fueron quemados por la Inquisición, como Luteros, mientras los Luteros hacían arder a algunos otros como Católicos. Y por *traidor católico* fue decapitado por Enrique VIII su gran amigo, Tomás Moro. Este es el drama de los equilibristas en materia de política, de religión y de algunas otras materias inflamables. Lutero le llamó «el Rey de los anfibia», y con este epíteto despectivo para una época en la que era preciso «engager», como luego pasaría en la de Sartre, y era tan malo querer sacar cordura del fanatismo, pasó al olvido. Está claro, por todo lo dicho, que nuestro tiempo lo tendría que sacar a la luz, y así lo hace aprovechando el quinto centenario de su nacimiento (28 de octubre de 1467).

Erasmo no fue abandonado por su padre; pero lo fue, a la muerte de éste, por sus tutores, que se gastaron la herencia que debían administrar, y colocaron al joven en un convento de monjes. Su temprana sabiduría le ganó la secretaría de un obispo, y el afecto de éste le envió a París, los viajes por Europa, los estudios en Oxford, donde habría de dar con Tomás Moro. Los que tuvieron grandes nombres eran ya sus amigos: Paracelso, Holbein, Durero, Rabelais, Holbein. Sus escritos comenzaron a convertirse en un gran personaje intelectual de Europa. Y el Papa Julio II le dispensó de los votos monásticos, solución de forma para una situación que estaba establecida de hecho, puesto que no pisó un convento durante largos años.

Sus escritos fueron los que podríamos llamar periodísticos. Sus enemigos le acusaban de falta de rigor y de capacidad de improvisación en vista de la variedad de sus temas: las Escrituras —es autor de una versión al griego del Nuevo Testamento—, las leyes de educación —que ya se discutían en aquella época—, la mejor manera de pronunciar el griego. Cualquiera tema podía servirle para desarrollar sus temas conciliantes y —palabra de hoy— «oportunistas». Leyendo ahora la biografía del profesor Bainton

(Roland H. Bainton, «Erasmus of Christendom», Collins, Londres), que es una típica biografía de recuperación (la profunda relación del sujeto pasado con la época actual) aparecen sus tres enemigos fundamentales: el paganismo, el oscurantismo y el fariseísmo. Paganismo significaba para él el fasto, la riqueza y la desviación de la Iglesia renacentista. El oscurantismo resultaba no precisamente del olvido de la razón, sino de la mala utilización de la razón y la perversión de la lógica. El fariseísmo, que centraba en la religión hebrea, significaba la repudiación del formalismo bajo el que yace la verdadera fe. Enemigo de estos vicios, ellos lo fueron de Erasmo, y eran malos enemigos en su tiempo. Sin embargo, fue llamado a ser consejero de Carlos V, fue protegido por Enrique VIII —hasta que las cosas se pusieron mal en la corte que promovió el anglicanismo— y le llamaron a su lado algunos Reyes y algunos Papas; aun Pablo III quiso hacerle cardenal, pero la oferta llegó tarde porque Erasmo estaba al quicio de la muerte, que le alcanzó el 12 de julio de 1536; vivió sesenta y nueve años, excelente cifra para su época, sobre todo si se tienen en cuenta la abundancia de hogueras encendidas por toda Europa para las gentes de su profesión y su dedicación.

De toda la obra de Erasmo, la que más conecta con lo de ahora —los: un poco de moda, un poco de encubrimiento de otros problemas, un poco de liberalismo y reformismo para uso de no liberales ni reformistas que comprenden que es preciso que algo cambie para que todo siga igual— es, con los «Coloquios», el «Elogio de la locura»: recomendable para jóvenes re-nietzscheanos, sorbida ya como un rico alimento por estructuralistas mayores —Foucault, Bachelard—, Foucault: para Erasmo, «la locura no acecha ya al hombre desde las cuatro esquinas del mundo. Se insinúa en él, o más bien es una relación sutil que el hombre mantiene consigo mismo». He aquí que Erasmo consideraba la sociedad como enferma de locura y recomendaba que se relajasen ciertas presiones para liberarla: como después (viva la moda) Wilhelm Reich. Errores, mentiras, fealdades, aparecen mezclados, por locura, con verdades, bellezas, juicios rectos; los valores se pierden en esta fusión, y todo es, pues, confusión. El espejo participa de esta crisis y deja de valer. El espejo: la razón. Si la razón ha entorpecido, ¿será la locura la que nos sirva? Siendo el loco en un mundo de locos, ¿no se será normal, dueño de la verdadera razón? Este tema para ejercicio de intelectuales se desarrolla hoy con gran abundancia. He aquí cómo Erasmo conecta, y por dónde se puede establecer el puente sobre los cuatrocientos años pasados.

sabes, sordamente acusado de muchas cosas, sospechoso de desviacionismo, etcétera. Estaba legalmente dispensado y pensaba realizar varios viajes. Entonces me coloqué como traductor en la Oficina Holandesa, D.O.C., que fue, en cierto modo, la que inició la ofensiva democrática. Ciclostilamos textos para que sirvieran de material en las discusiones. Yo conocía los idiomas fundamentales —inglés, alemán, francés, italiano— y tenía a mi cargo las versiones. Vivía en Roma de mi trabajo. Un día, en la segunda sesión, descubrieron que tenía algo que decir y me pidieron una conferencia. Yo no hice más que leer mis apuntes de clase del seminario de Málaga. El impacto de esta lectura fue muy fuerte. El cardenal Meyer, ar-

allí. Y también por Latinoamérica.

G. R.—Sí, precisamente mis conferencias latinoamericanas están incluidas en este libro que acaba de aparecer. Asisti, en Asunción, a una reunión de consiliarios de movimientos universitarios de todo el continente, invitado como experto en teología por el «Celam». Participé en este congreso la «élite» del clero joven. Fue en mil novecientos sesenta y ocho. La mayoría de los asistentes habían conocido a Camilo Torres y estaban en su línea. Mi compañero de mesa, con el cual trabé una gran amistad, era Antonio Pereira, un cura brasileño que fue muerto a tiros por las fuerzas policíacas en una calle de Recife, poco después.

(González Ruiz me tiene



una foto en la que aparece con el padre Pereira. La reproducimos en esta página.)

—¿Cuál es la actitud del clero joven en Latinoamérica?

G. R.—Puedes figurártela: es una actitud socialista, que propugna la transformación radical de las estructuras socioeconómicas y, por tanto, de las estructuras políticas.

—En Chile, parece que la juventud demócrata-cristiana es partidaria de Allende.

G. R.—No me extrañaría. Siguen en la democracia cristiana porque les ofrece una etiqueta sociológica útil. Yo hablé con el clero joven de Santiago y puedo asegurar que

en su mayoría no está con la línea Frei. Plantean radicalmente todos los problemas. Hay un Manifiesto de la Iglesia Joven que les sirve de guía ideológica, donde se dice expresamente NO al desorden establecido y SI a una sociedad nueva. En Santiago experimenté la satisfacción personal de comprobar que mis libros han circulado muchísimo, sobre todo, entre este clero joven.

—Tú eres uno de los que, a nivel mundial, con más vigor han fomentado el diálogo entre católicos y marxistas. ¿En qué punto se encuentra en este momento?

G. R.—No sólo lo he fomentado, sino que también lo he llevado a la práctica en infinidad de ocasiones. En Roma he discutido largamente con Lombardo Radice, cuñado del dirigente Pietro Ingrao, como sabes. En Francia he celebrado numerosas reuniones con Garaudy y en Praga con Machovec...

—Pero, ¿es Garaudy ahora interlocutor válido?

G. R.—Esto iba a plantear. Roger Garaudy, en lugar de seguir la dirección «del anatema al diálogo» ha recorrido el itinerario inverso: del diálogo al anatema. Pero esto es lo de menos. Lo principal es que la problemática del diálogo se ha desplazado. Hoy se centra en Louis Althusser y, si se me admite, hasta en Henri Lefebvre...

(González Ruiz participó en el simposio de Burgos, donde leyó una ponencia en la sesión sobre la vida cotidiana.)

G. R.—En la actualidad, advierto en el diálogo dos niveles. Uno es el filosófico y en él se hace preciso separar por ambas partes lo que es ideología y, por tanto, no está verificado, y lo que constituye ciencia y es, en consecuencia, verificable. Esta separación resulta indispensable. La ideología no puede pasar por científica, ni lo científico salirse de su esfera propia...

—¿Y el segundo nivel?

G. R.—Es el de la praxis. En ella debe primar la cooperación y hay que admitir, sincera y profundamente, el pluralismo ideológico convergente. La ideología no se puede imponer, sólo se puede ofrecer. Hay que huir de toda clase de imperialismos ideológicos. ■ EDUARDO G. RICO.

## Literatura infantil y colonialismo ideológico

De un tiempo a esta parte, el mercado español del «comic» infantil —no es preciso indicar que apenas existen «comics» destinados teóricamente a un público adulto— se ha visto invadido por dos colecciones de características muy similares: idéntico formato y presentación, precio equivalente (35 pesetas el ejemplar) y análoga procedencia ideológica; señalemos, además, como dato común a ambas series, que su principal destinatario no es la adolescencia, sino ese sector primario de la infancia que acaba de descubrir el universo mágico de la lectura. Me estoy refiriendo a las colecciones «Tele-Historieta» y «Dumbo».

La colección «Tele-Historieta» viene avalada por Hanna-Barberá Productions, Inc., firma norteamericana creadora de una nutrida nómina de héroes televisivos: los Picapiedra, Don Gato y su pandilla, el «sheriff» Tiro Loco, el león Melquiades, el oso Yogui... Por su parte, la colección «Dumbo» —en la que, junto a títulos nuevos, se incluyen «remakes» de viejos éxitos editoriales o filmicos— está respaldada por el casi mítico prestigio de Walt Disney; sus personajes también son habituales de la pequeña pantalla: el pato Donald, Daisy, el tío Gilito, Dumbo, el Lobo feroz y su hijo, los Tres Cerditos, Mickey Mouse, Goofy...

Pero lo que en televisión es mera impresión fugaz —aunque potenciada, es cierto, por la enorme eficacia de la imagen sonora—, aquí se convierte en objeto de reiterada meditación infantil. A los niños les gusta leer y releer cien veces la misma historieta; algunos pequeños lectores, impulsados quizá por su reciente acceso a la posibilidad de leer, se aprenden de memoria largos diálogos. Y a la postre, hablan del oso Yogui o del tío Gilito con la misma familiaridad que emplean para aludir a las realidades cotidianas que constituyen su auténtico «habitat».

Y esto es lo grave. Porque los personajes de Hanna-Barberá y Walt Disney —y sobre todo las pautas determinantes de su comportamiento social— no responden, ni por asomo, a

las realidades inmediatas de los niños españoles de nuestro tiempo. Los hábitos, actitudes, tópicos y prejuicios dichos personajes se ajustan a moldes ideológicos «mainstream» (como se dice en U.S.A.). Estos héroes juegan al fútbol, sino al béisbol; no comen tortilla de patata, sino copos de avena; van de excursión a un carrizal superpoblado, sino a fotogénico Parque Nacional habitado por osos feroces y un poco tontos. A un niño español le tiene que resultar bastante difícil establecer relaciones funcionales entre su propia madre y la Viltrix de los Picapiedra. El anecdotario de estos «comics» rara vez se entronca en los cauces de nuestra particular problemática.

Pero, al margen de esta boriosa adaptación geográfica, las colecciones de Hanna-Barberá y Walt Disney sustentan asimismo una axiología típicamente U.S.A. El tío Gilito, por ejemplo, es un personaje que se ha hecho «un multimillonario» tras haber adquirido a casi todos los habitantes de Patoburgo (y, por supuesto, tras haber explotado sistemáticamente a su sobrino Donald); pues bien, aunque se censura su tañer nunca se ponen en tela de juicio los métodos empleados para alcanzar la opulencia: condición de «self made man» (o de «self made duck», para ser más exactos) le hace inmune a toda crítica rigurosa; sustancial y en definitiva, el tío Gilito, explotado por antonomasia, se redime por sus gestos filantrópicos. El respeto a la monolítica inmovilidad de las estructuras sociales estatuidas —culto a los héroes oficiales, clasismo más o menos disfrazado, exaltación de virtudes cívicas (principalmente el orden constatación de la intrínseca bondad de los plutócratas) condena radical e indiscriminada de toda actitud anárquica...— es el denominador común de todas estas historias infantiles. Para colmo hasta Goofy (personaje tradicionalmente oteador de musarañas) se convierte, por obediencia y gracia de unas «supergranas», en Super Goofy, truhán pueril de tantos y tantos superhominidos de la mitología nacionalista yanqui. La lucha contra el mal en abstracto es, a fin de cuentas, una lucha concreta contra los enemigos del sistema: la sanción cruzada contra los no integrados. ■ SANTERBAS.